

que quisiera. Era una cosa tan simple como esto, pero necesité estar cargado de otros encargos para ver que cuando estaba en mi terreno gozaba de la libertad máxima. Es así como entré a la literatura.

También ha dicho que las opiniones de los escritores ya no tienen mayor importancia, cuando creíamos que eran de mucho peso, ¿cómo es que se han devuelto de esta forma?

En Europa, por lo menos, es evidente que un escritor no influye ya en la opinión pública. De todas formas, hay una manera de incidir, como la de Franz Kafka, quien hablaba sólo de problemas familiares, de su padre, de su entorno; sin embargo, la suya se convirtió en una escritura que en realidad reflexionaba sobre el poder, sin nombres propios, subrepticia a la hora de atacar, pero que fue peligrosísima para el régimen comunista checoslovaco que la prohibió. Apparentemente, Kafka es inocente en términos políticos, pero hizo un discurso literario peligroso para el régimen comunista del momento.

Y eso significa que la literatura puede incidir en la realidad, pero sólo si desarrolla al máximo sus mejores posibilidades, que son las estrictamente literarias, y desde ahí hace un discurso sobre el mundo que pueda ser peligroso para el poder.

Existen escritores burócratas, como lo ha denunciado, pero también ciudadanos y empresarios cortesanos. ¿Cómo lo lleva cuando por azares del destino tiene que convivir con ellos?

Han sido generalmente encuentros conflictivos. Pero he llegado a la conclusión de que lo mejor es que no pierda el tiempo con ellos, ni atacándoles, porque es desperdiciar el tiempo. Es cierto que están en todas partes. Por escritor burócrata

«Lo que no sale jamás a la luz pública es que en el mundo hay una gran cantidad de personas que resisten, que no tienen el poder ni siquiera de publicar, pero están ahí»

me refiero al que es conservador en literatura, al que repite lo que ya se ha hecho, al que escribe lo que sabe que va a tener lectores, pero que no es más que la imitación de algo que ya ha funcionado. Y, bueno, son escritores conformistas, y son la mayoría. En España se da mucho más, precisamente porque hay bastante facilidad para publicar: hay más dinero de editoriales y eso hace que los escritores se conviertan en realizadores de un libro anual, que procuran tener una producción rápida para venderla, que no repasan bien los libros, que no los corrigen lo suficiente, que les importa poco todo esto y que lo hacen como un trabajo más, para ganar dinero. Esta situación ha llegado a tal punto que antes los jóvenes querían ser ingenieros, abogados o arquitectos porque se consideraban profesio-

nes que daban dinero. Hoy en día, además de futbolistas, también consideran que ser escritor puede dar buenos ingresos. Es un dinero fácil y peligroso, y por eso nos hemos llenado de escritores funcionarios, falsos.

Usted niega que la humanidad está al borde del vacío, aunque muchos filósofos aseguran lo contrario. En lugar del vacío, ¿qué prefiere?

La lucha del individuo contra las injusticias del Estado, por ejemplo. La batalla individual, que a veces parece que no es nada, pero si cada uno tiene su pequeña rebelión, llamémosla de bolsillo, y la lleva consigo y la usa cotidianamente, sería una fuerza considerable. No resignarse. Creo que se ha perdido mucho en humanismo y quizá ha sido sustituido por algo más inteligente o más nuevo. Se han extraviado, me parece, algunas virtudes que tenían el cristianismo o el marxismo, por poner dos ejemplos. Vamos hacia un mundo frío que carecerá de sentimientos y de ideas, sin ideologías, salvo la del dinero; por lo tanto, la perspectiva no es especialmente buena. Sin embargo, en mis viajes por el mundo me voy dando cuenta de que lo que no sale jamás a la luz pública es la gran cantidad de personas que resisten, de que hay una resistencia bastante notable en todos los países que conozco, que no tiene el poder ni siquiera de publicar, pero están ahí.

¿Es exagerado pensar que usted es un confrontador de la realidad?

Lo soy, aunque mediante la realidad paralela que significa la literatura, y que es más intensa que la vida que nos venden actualmente. La vida tiene mucho prestigio, dicen, pero en muchas ocasiones, la literatura ha sido más intensa que la propia vida. Hay vidas muy poco esti-

mulantes, mientras que en la literatura se encuentra de todo. No me avergüenza decir que considero la experiencia literaria mucho más intensa que la vida misma, y no estoy hablando de mí mismo, de mi existencia, sino de lo que llamamos vida, la cual no tiene, actualmente, la calidad que pudo tener en otra época. En cambio, la literatura ofrece una intensidad superior.

Tras su convalecencia, ahora que busca más la serenidad, ¿se convertirá acaso en un confrontador más peligroso?

Sí. Lo he comentado con mi mujer en estos días. Veremos si puedo ser más peligroso, si ahora que estoy más calmado me acerco más a decir lo que pienso realmente. Aunque estos son sólo buenos deseos.

¿Conoce el miedo y la angustia?

Sí, y aquí no hay dudas. Mi literatura, creo, parte de una evidente angustia existencial que procuro apartar escribiendo. Y me ha ido muy bien: mientras reflexiono sobre la angustia, estoy al menos escribiendo; pensar en ella es de alguna manera estimulante.

Y en este proceso, ¿la angustia se convierte en algo más placentero?

Sí, como si la dominara mediante la escritura. Y el mismo hecho de pensar en ella es bueno, porque es como cuando alguien formula un problema públicamente ante otros; dicen que es bueno hacerlo. Y para mí ha sido bueno escribir sobre algo que me angustia. De hecho, en el próximo libro –“Exploradores del vacío”, título que no creo que cambiaré– hablo de personas que merodean en torno al vacío existencial y tratan de encontrar algo en lo que se presenta como materia oscura de la vida, aquello sobre lo que no sabemos nada.

ensayo

La dilatación Vila-Matas

VILA-MATAS PORTÁTIL. UN ESCRITOR ANTE LA CRÍTICA

MARGARITA HEREDIA (EDITORA)

CANDAYA, 2007

476 PÁGINAS. 24 EUROS

Iñaki URDANIBIA

Desde 1973 hasta 2005, año este último en el que vio la luz “Doctor Pasavento”, el escritor barcelonés no ha cesado en su empeño de diluirse, de difuminarse, de extenderse, al mismo tiempo que desaparecer, en la selva de autores de los que se acompaña en su juego metaliterario –salió la palabra– que nos hace penetrar en la intrincada selva literaria, por medio de sus amigos escritores. Siempre, como digo, buscando el desvanecimiento, haciendo gozar, dicho sea de paso, a los amantes de la buena literatura. El autor de “Bartleby y compañía” no cabe duda de que podría elaborar una obra como “El libro de los amigos”, de Hugo von Hofmannsthal, en la que diese cuenta de sus obras y autores preferidos: indudablemente, en sus deri-



vas laberínticas nunca encontramos a ninguna mediocridad, sino que siempre nos las habemos con lumbreras exquisi-

tos del mundo de las letras. No obstante, la forma de comportarse con “sus amigos” no es la misma en el caso del escritor vienés que en la de Vila-Matas: a éste le sirven de modelo, de pretexto, de texto y hasta, si se me apura, de catapulta para contarnos sus historias, que se mueven en medio de un humor certero y de una ironía indisimulable, con logrados guiños al lector, que se ve convertido, *malgré lui*, en cómplice. Los escritores aludidos, o en la sombra, le dan pie para acercarnos a prototipos escriturales, todos ellos utilizados en la empresa de desaparición o multiplicación diseminada que plantea Vila-Matas en su afán por llevarnos a esos límites borrosos en los que –superando el «yo es un otro» rimbaldiano– podríamos hablar de que los yoes presentados, y seguidos en sus avatares existenciales, nos impulsan a una situación en la que el autor podría afirmar: «yo soy un yo que se diluye en otros», o viceversa: «yo soy bastantes otros».

La joven editorial Candaya ha tenido el acierto de presentar un interesantísimo material que recoge críticas de una cua-

rentena de escritores y críticos que analizan los distintos libros del autor del que hablamos, acompañando al texto una película inédita (en DVD) que contiene una entrevista (“Café con shandy”) entre el autor y Juan Villoro, y que está dirigida por el mexicano Enrique Díaz Álvarez. ¡Una gozada!

Los dieciséis libros de Enrique Vila-Matas son visitados y se nos suministran pistas para desentrañar cada uno de ellos en el momento de su aparición (obviamente, un cierto hilo conductor que se puede establecer en la manera de funcionar del autor en su quehacer literario). Las obras van siendo presentadas en su orden de publicación, tras haberse autopresentado el propio Vila-Matas con la singularidad que le caracteriza.

La caleidoscópica muestra que se entrega al lector hace que éste pueda sacar una idea cabal de la literatura vilamatásiana, sirviendo así el volumen para acercar al autor a quienes todavía no se han arrimado a sus libros; y a los que sí están habituados a ellos, a disfrutar en el chapoteo de una obra atractiva e inteligente.